

Al Qaeda y el yihadismo

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Capítulo segundo

Resumen

Al Qaeda, una organización yihadista salafista, ha experimentado un profundo desgaste como consecuencia de la acción directa sobre ella, diluyéndose entre una nebulosa de organizaciones yihadistas, un sistema de franquiciado y la actuación no concertada de dudosa utilidad militar de actores individuales. Con todo, su éxito ha sido subsistir y convertirse en marca, en un símbolo, de una yihad casi sin líderes.

Palabras clave

Al Qaeda, salafismo, yihadismo, terrorismo, insurgencia.

Abstract

Al Qaeda, a salafi jihadist organization, has suffered a deep wear as a result of direct action on it. The group has diluted in a nebula of jihadist organizations, a franchised system and the non-concerted action of individual actors despite its dubious military utility. Its success has been to survive and become a brand, a symbol, in a nearly leaderless jihad.

Key words

Al Qaeda, Salafism, jihadism, terrorism, insurgency.

Introducción

Occidente es un lugar geográfico indefinido y el islam una religión. Uno y otro se ha encontrado en un mar demasiado ancho para unir, pero también ahora insuficientemente estrecho para separar, rompiendo así un desdén secular. El primer choque entre ambos se produjo a mitad del siglo XIX con el trauma de la colonización. El segundo y no menor, a mitad del XX con la descolonización que les hizo enfrentarse a su propia falta de preparación. El tercero, aún más acusado, con los medios de comunicación de masas que transformaron el encuentro de sociedades en un encuentro sin mediadores entre hogares dotados de capacidades económicas significativamente diferentes, con toda la sensación de agravio e injusticia que conlleva.

El mundo se ha plegado sobre sí mismo. La globalización ha sido el gran fenómeno del cambio de siglo; con ella se viene a expresar una velocidad de encuentro creciente entre el Norte y el Sur, pero también entre el Este y el Oeste, haciendo que las distancias se diluyan y liquidando los procesos y fases de transición, lo que magnifica y hace más palpables las diferencias.

Reproduce así una dinámica hegeliana de encuentro –tesis, antítesis, síntesis– cuya aceleración la transforma en un choque cinético; o en algo sentido como tal. Debe quedar claro que la globalización no es en absoluto un fenómeno pacífico sino todo lo contrario, ya que encarna un proceso de racionalización que se efectúa sobre la cultura más fuerte, acompañada de muchos otros subprocesos de igual signo y la liquidación del culturalmente más débil.

En este sentido, Al Qaeda queda consignada como uno de los líderes de un movimiento de reacción (antítesis) tanto frente a la cultura occidental como, preferentemente, frente a otras formas islámicas diferentes del credo que le sirve de inspiración. El encuentro Este-Oeste es definitivo para su creación.

Ello es el natural resultado de la diversidad de una religión practicada por entre 1.200 y 1.500 millones de personas que se suma a una cultura local y que no cuenta ni con unidad de jerarquía ni de doctrina; la globalización ha hecho palpables las diferencias entre el islam vivido por los diferentes colectivos de musulmanes.

Y es que el islam es diversidad (*ijtilaf*) por la existencia de distintas aproximaciones legítimas al hecho religioso no menos que por la preponderancia de la predicación (*dawa*) sobre la doctrina, lo que le dota de una notable capacidad adaptativa que explica su extraordinaria difusión.

Así pues, la aproximación, el análisis del proceso debe efectuarse partiendo de dos consideraciones básicas. La primera es que pese a que las

referencias puedan ser ontológicas o presentarse así, las claves de la propuesta, los objetivos, son inherentemente políticos.

La segunda de las consideraciones es que el terrorismo global como tal no puede existir realmente toda vez que este, en cuanto que ficción de poder (y al igual que el propio poder) precisa de un marco de proyección, y el espacio global no está constituido, porque la globalización no ha concluido. No puede existir, en términos prácticos, un terrorismo global pues aún no cabe una agenda auténticamente global, cuando el espacio global no se encuentra suficientemente integrado, y menos aún, vertebrado.

Lo que sí cabe, en cambio, es un terrorismo de dimensiones locales coordinado para obtener efectos sinérgicos a nivel global; y consecuentemente, sometido a fuertes tensiones centrífugas y centrípetas resultado de las divergencias de intereses en los niveles locales y también a nivel global.

Antecedentes del conflicto

Antecedentes históricos

El salafismo moderno surgió en los sesenta en Arabia Saudí bajo la tutela de sus dirigentes como un instrumento de lucha contra el nasserismo y el socialismo árabe; en él se dio entrada a muchos escolares islamistas refugiados en Arabia Saudita procedentes de países del entorno. La fusión de su pensamiento con el wahabismo constituyó un poderoso reactivo que vivificó y dinamizó grupos que, más tarde, adquirirían vida propia y resultarían difícilmente controlables.¹

De esta forma los gobernantes saudíes trataban de influir y liderar el mundo musulmán en su condición de sede de los santos lugares y, también simultáneamente, de ganar legitimidad ante su pueblo al presentarse como adalides del islam, resolviendo a un tiempo problemas geopolíticos y de legitimidad; eso sí, a costa de tensionar el movimiento político que habían creado al ubicarlo en un permanente dilema entre someterse al poder y constituirse en la vanguardia del islam, reto que superarían no pocos de ellos.

La invasión de Afganistán en 1979 dio origen a un conflicto de nueve años de duración que coincidió con los acuerdos de paz entre Israel y Egipto, la Revolución Islámica en el chiita Irán, o la guerra Irán-Iraq. Es decir, corresponde con un periodo de gran convulsión y realineamiento geopolítico en Oriente Medio.

En este contexto, uno de los primeros en utilizar el término «yihadismo salafí» para referirse a sí mismo y a sus ideas fue Abú Muhamad Al Maq-

¹ Meijer Roel (coord.). *Globalsalafism*. Hurst & Company, Londres, 2009.

disi que, en 1984, durante su estancia en Afganistán, publicaría su trabajo *La Comunidad de Abraham (Millet Ibrahim)* en el que aboga por un islam más radical e intransigente y que incorpora elementos internacionalistas y antioccidentales.

La palabra Al Qaeda, que se inscribe en la tendencia salafí, tiene unos orígenes poco claros; parece que deriva del término «qafayn-dal» con el que se hace referencia a una base o fundación que sería utilizada por los yihadistas árabes para luchar contra los soviéticos. Para otros autores sin embargo, de un modo casual o no, hace referencia a un fichero o base de datos de operaciones financieras o de yihadistas utilizado por Ben Laden durante el conflicto soviético.

A la finalización del conflicto soviético la organización no se desmovilizó, basculando hacia ese territorio para apoyar a los talibanes en el contexto del conflicto interno que siguió a la derrota soviética. Lo que sí está más claro es que solo empieza a hacerse referencia a este término a partir de 1988 y aún más nítidamente a partir de 1996. Al Qaeda se habría creado pues en Paquistán (Peshawar) en algún momento entre 1988 y 1996 como una red de redes.

Sería una evolución de la organización «Maktab-al-Jidmat» (MAK) establecida por el palestino Abdullah Yusuf Azam, entonces profesor en la Universidad de Yeda y promotor de una idea de yihad global que se mostró capaz de movilizar a más de 20.000 voluntarios de una veintena de países. Todas estas actividades se hicieron inicialmente con el apoyo directo de los servicios paquistaníes y, el apoyo directo o indirecto de los servicios norteamericanos.²

A comienzos de los ochenta se sumaría Ben Laden, que le proporcionaría respaldo financiero y político y que tras el asesinato, no aclarado aún y que no pocos imputan al propio Ben Laden, de Azam se hará con sus riendas y modificaría su línea política; el vacío ideológico resultado de la muerte de su primer líder sería rellenado por Ayman al Zawahiri con una apuesta clara por la vía salafista yihadista.³

En el año 1991 Ben Laden se distanció definitivamente de la monarquía saudí al admitir esta la instalación de tropas norteamericanas en el país en el contexto del primer conflicto del Golfo, apoyándose para ello en una famosa *fatwa* de Abdul Aziz bin Abdullah bin Baz (relevante ulema del salafismo conservador que sería nombrado en 1992 gran muftí de Arabia Saudita). Ben Laden acusó al régimen de haber convertido el país en una colonia norteamericana.

² Umbreen Javaid y Nighat Noureen. «An insight into the Philosophical Dynamics of AlQaeda». *Journal of Political Studies* 2002, Vol. 20, Issue-2, 2013, 201:218.

³ *Ibíd.*

En 1994, tras perder la nacionalidad saudí, Ben Laden se refugió en Sudán y en 1995⁴ le será imputado un atentado en el suelo de su tierra natal que le hará objeto de atención mediática. En 1996 será forzado a abandonar el país, desplazándose a Afganistán donde los talibanes se habían hecho con el poder. El 7 de agosto de 1998 se produjeron los atentados contra las embajadas norteamericanas en Tanzania y Kenia con más de doscientos muertos y cuatro mil heridos que situaron a la organización en primera línea mediática.

El compromiso de Al Qaeda en Afganistán tuvo múltiples contestaciones doctrinales toda vez la peculiar interpretación del islam de los talibanes que lastraba la apuesta de la organización con la pureza de la religión, escollos que se superaron a juicio de alguien tan relevante como Mustafá Setmariam por razones operativas claras.

La actividad terrorista de Al Qaeda se ha desarrollado en oleadas con su posterior resaca, como corresponde a la naturaleza dialéctica de un conflicto. Estas olas, eso sí, habrían ido acortando su ciclo e incrementando su recurrencia.

La primera alcanzaría desde su creación hasta la conquista de Afganistán y el pico serían los atentados del 11-S. Una segunda ola ligada a la invasión de Iraq en 2003 y cuyo pico serían los grandes atentados de Madrid y Londres y que terminaría también en Iraq entre 2007 y 2008; una ola con una organización más difusa fruto de la acción de Occidente, en el que se deja la acción, en parte, a la iniciativa individual. La tercera ola, a juicio de Set Johns,⁵ se iniciaría con su alzamiento en la península arábiga y acabaría con la muerte de Ben Laden y se caracterizaría a juicio de Sageman por un notable incremento de las células independientes y terroristas por imitación, que operarían al margen de las infraestructuras de adiestramiento terrorista.

En cualquier caso, los atentados del 11-S situaron a Al Qaeda en primera línea a nivel mundial, le dieron una visibilidad global, convirtiendo a la organización en banderín de enganche de muchos de los descontentos con el orden vigente, especialmente en el mundo musulmán, dotando a la organización de una relevancia poco acorde con sus capacidades militares reales. Una salida que canalizaba el odio identitario y la frustración de segmentos significativos de la población. Su proceder hizo que su apuesta política fuera sentida como viable, y consecuentemente, como un peligro para la seguridad de Occidente, que aumentó los niveles de gasto militar.

⁴ Un coche-bomba hizo explosión en un centro de entrenamiento de la Guardia Nacional saudí en Riad y mató a seis personas, cuatro de ellas estadounidenses al tiempo que hirió a sesenta.

⁵ Johns, Set G. «A persistent Threat. The Evolution of al Qa'ida and Other Salafi Jihadists». RAND Corporation working paper 2014.

No obstante, se había concentrado sensiblemente y consolidado su presencia en Afganistán lo que convertía a la organización en tangible. Se había hecho fuerte, tal vez demasiado fuerte, y ofrecía un blanco al que atacar.

Los atentados de Madrid y Londres, con su relevancia, no consiguieron superar el techo marcado por el 11-S y como resultado la organización fue perdiendo la iniciativa y visibilidad; las bolsas mundiales cayeron durante varios años tras el 11-S, varios meses tras el 11-M y solo días tras los sucesos de Londres; los mercados, desde entonces y en general, atienden poco a sus actuaciones. Es más, desde esa fecha no ha logrado llevar acabo exitosamente en Occidente ningún nuevo ataque de esta magnitud. Y los intentos por forzar una guerra civil en Irak entre sunitas y chiitas para aprovechar las oportunidades que del caos del conflicto se derivarían para la organización, supusieron su severo cuestionamiento además de un lastre político que hizo fueran rechazados y combatidos por la misma población que, entonces, habían venido a apoyar.

En cualquier caso, la muerte de Ben Laden en 2011 fue el colofón de una decadencia, en gran parte resultado de su enfrentamiento con Occidente, que ha centrifugado a la organización tanto como respuesta a las presiones de la comunidad internacional como también por la necesidad de adaptarse a los distintos y variados escenarios en los que opera, la diferencia de objetivos y aun la necesidad de satisfacer liderazgos personalistas (el caso de Abú Bakr al Bagdhadí y el ISIS es un buen ejemplo).

Fundamentos religiosos

La doctrina es un elemento clave de cualquier organización terrorista toda vez que se define y justifica por ella. Es, utilizando las célebres palabras de Robespierre, la virtud sin la que el terror no tendría sentido. De hecho, la falta de una doctrina sólida fue identificada en la década de los ochenta y noventa como un factor de debilidad de Al Qaeda.

Jenkins afirmaba que los terroristas quieren muchas personas mirando aunque no muchas personas muertas, afirmación que, luego reformularía para una Al Qaeda que parece pretender con sus actuaciones ambas cosas simultáneamente.

Una primera cuestión sencilla pero esencial. Al Qaeda es una organización suní yihadista salafista, lo cual no hace a toda organización de este signo parte de Al Qaeda, por más que pueda empatizar con aquella.

Dicho lo cual hay que señalar la aproximación de esta organización al salafismo y, más concretamente a lo que se ha venido a llamar el salafismo yihadista, entendiendo por tal al que se pronuncia por la lucha armada,

más que por la pura predicación religiosa. Pero esto tampoco hace, y se verá, de todo salafista un yihadista.

Y es que, por su origen, el salafismo no es un único movimiento sino una nebulosa de ellos de los que surge y en los que cómodamente se instala Al Qaeda. Además, suele suceder que el lenguaje religioso se utiliza para la incontestable presentación de propuestas políticas; aún es más, la retórica de grupos violentos ha sido capaz de apropiarse a través de mensajes sencillos de una larga tradición filosófica. En este sentido el lenguaje salafista es un lenguaje político cuya simplicidad es toda una contestación a la globalización.⁶

La palabra salafismo –una idea que surge casi con el islam– proviene del término *Salaf al-Salif*, los Antepasados Piosos, con el que se hace referencia a los *Rashidun*, los cuatro Califas Perfectos, sucesores del Profeta (Abu Bakr, Omar, Utmán y Alí) y, en términos más amplios, las tres generaciones a las que pertenecen, a las que por su proximidad al Profeta consideran más perfectos y cuya conducta se pretende reproducir.

Según Wiktorowics⁷ los salafistas pueden clasificarse en tres grandes grupos: académicos, políticos y yihadistas, unidos por unos credos comunes y separados por la interpretación del mundo en el que se ha de operar. Y toda vez que entre los grupos salafistas hay comunidad de fines, el problema se sitúa entonces en los medios a aplicar en cada caso.

El salafismo así no es un grupo sino un conjunto de grupos que se fractura como consecuencia del debate interno en torno a dos ideas: la violencia y la relación con el poder político. Y es que si por un lado aún quietismo, claridad y universalismo, por otro también recoge activismo, rigidez, fragmentación, disolución política y localismo.

El salafismo académico (*salafiyya al ilmiyya*) propugna la resignación frente a un poder imperfecto, siempre que lo sea dentro de lo tolerable. Todo ello conduce al apoliticismo y a actividades concentradas en la reforma de las costumbres; por ello, los radicales les llaman despectivamente «ulemas de la menstruación y el puerperio». El salafismo político incorpora fórmulas híbridas en la medida que aún el credo salafí y la práctica política de los Hermanos Musulmanes, considerados doctrinalmente débiles e innovadores, algo muy negativo para el islam. No obstante, su conducta es muy similar a la de los partidos de corte islamista tradicionales. La *salafiya yihadiya* promueve el alzamiento y su juicio aún en su proceder lo teológico y lo operativo, purismo y pragmatismo.

El yihadismo salafí dota de una base doctrinal a la violencia y la liga al hecho religioso. Y es que hay autores que identifican tres ramas que ayudan

⁶ Meijer Roel. Obra citada, p. 286.

⁷ Wiktorowics, Quintan. «Anatomy of the Salafi movement». *Studies in conflicts and terrorism* n.º 29 no 3 (abril-mayo 2006).

a la configuración del pensamiento yihadista salafí: una primera basada en el pensamiento fundamentalista egipcio radical (Qutb, Fadl...) Otra neowahabista basada en escolares de Arabia Saudí que incorporaría a Ibn Baz y sus seguidores, creadores del movimiento al *Shawa* (que ocupó en 1979 la mezquita de la Meca). Y una tercera rama Palestina con Abdalá Azam, Omar Abu Qatada y Abu Muhamad al Maqdisi.⁸

Conceptualmente y citando a Al Suri, Al Qaeda cuenta con elementos fundamentalistas de los que cabe destacar la *hakimiyya* (la soberanía de Dios en todos los aspectos de la vida) de Mawdudi, la doctrina legal y política del salafismo de Ibn Taymiyya, especialmente, el principio de *al-wala wa al-bara* del que se hablará más adelante; a ellos se sumarían elementos de tradición jurídico política del wahabismo e ideas propias de los Hermanos Musulmanes.⁹

Al Maqdisi, otro de los ideólogos del grupo, aportaría el concepto de *tawhid* (la unicidad, la confluencia de todo en torno ante Dios) a la idea *yihad takfirí* (el *takfir* es la excomunión; la denominación *takfirí* es rechazada por estos grupos, toda vez que su significado, «los excomulgadores» tiene tintes burlescos). Como consecuencia, el *takfirismo* ha ido ampliando sus límites para alcanzar no solo los infieles de todo tipo (incluidos cristianos y judíos, habitualmente excluidos) sino, más allá, a todos aquellos musulmanes que no siguen su doctrina. Abu Qatada al Filistini va más allá y subordina predicación y acción política a una *yihad* dirigida primero contra el enemigo próximo; y además va aún más lejos en su desprecio a la razón humana. El salafismo es fideísta¹⁰, en el sentido de que sitúa a la fe por encima de la razón y aún de la propia realidad.

Es más, toda esa violencia se ve acrecentada por la autonomía de la que se dota a sus agentes, la iniciativa, obtenida como resultado de la aplicación del principio de que «el muyahidín sobre el terreno sabe mejor como actuar», transposición de la idea de que Alá conoce mejor y que dota de legitimidad religiosa al nivel operativo.

El salafismo pretende la purificación (*tasfiyya*) y estandarización de la doctrina (algo opuesto a la tradicional doctrina de la diferencia, del *ijtilaf* y, por tanto, con un alto potencial conflictivo a nivel intraislámico) que obviamente tendrá su reflejo como paso previo a la creación de un eventual Estado islámico; condena la praxis de un islam que juzga occidentalizado

⁸ Meijer Roel. Obra citada.

⁹ Bryanjar Lia. «Destructive doctrinarians» en Meijer Roel. *Globalsalafism*. Hurst & Company, Londres, 2009, p. 286.

¹⁰ Se aceptan los hechos sin buscar explicación, ni tratar de racionalizarlas. A Dios no se puede llegar por la razón sino por la Fe; el razonamiento se plantea como no esencial cuando no irrelevante. Es el Credo quia absurdum de Tertuliano que luego retomaría Al Ghazali que en su obra *Talafut al-falasafa* (La incoherencia de los filósofos) en que señala que la razón debe ceder ante la revelación («bi la keif», como está).

y racional mientras considera a movimientos de renovación débiles doctrinalmente y formalistas en su énfasis en la práctica al desatender sus llamamientos a la pureza doctrinal.

Promueve la incorporación de la norma en su totalidad, toda vez que la *sharia* no depende de la sociedad. Rechazar una parte es, así, rechazarlo todo, esto es, apostatar, el peor crimen que un musulmán puede cometer. Hay islam solo si el Estado aplica íntegramente la *sharia* y si no, lo que existe es *yahiliyya* (el estadio previo, politeísta existente antes de la llegada del islam).

El sentimiento de comunidad es el eje central de su discurso, una separación dentro-fuera: «los creyentes y las creyentes son amigos los unos de los otros, mandan lo establecido y prohíben lo reprobable» (9,71). La doctrina *al-walá wa-l-bará*, que divide el mundo entre creyentes y no creyentes, entre bien y mal, estableciendo lazos de hermandad por un lado y separación por otro, lo que trae consigo el sectarismo, aun entre los propios musulmanes. Esta idea se refuerza por la idea de la *Hisba* basada en la aleya coránica «sois la mejor comunidad que nunca ha tenido el hombre, ordenáis el bien prohibís el mal y creéis en Dios» (3,110).

Esto había sido delegado tradicionalmente a una autoridad, el *mutashib*. Y es, *per se*, una llamada a la acción, como reza el hádiz, «aquel de vosotros que vea algo ilícito debe impedirlo con su mano; sino puede con su lengua y si no puede, con su corazón y este es el grado más débil de la Fe (Imán)».¹¹ Las autoridades serían quienes tradicionalmente lo harían con «la mano», los sabios (*alim*) con la palabra y el pueblo con el corazón. La acción revolucionaria consiste en entregar la autoridad al pueblo común, atomizarla (en el sentido propuesto por Foucault y que Sageman retomaría al hablar de una «yihad sin líderes») y esto resulta de un elevado potencial revolucionario.

No obstante, su purismo no ha podido escapar a los debates del presente y ha sido de facto secuestrado por otras luchas: antiimperialismo, sectarismo, políticas de identidad. Así, el yihadismo salafí se ha ido distanciando del salafismo decimonónico de cuya terminología se apropia y combina con un descarnado análisis de la realidad junto con un activismo revolucionario e ideas y estrategias occidentales.¹² Esto es, los yihadistas se occidentalizan al luchar contra los occidentales, y la guerra acaba por convertirse en un espacio de intercambio, mutuo conocimiento y encuentro.

Mientras el salafismo rechaza la realidad en nombre de la pureza, el yihadismo salafí se esfuerza en cambiarla transformando el credo (*‘aqida*)

¹¹ An Nawawi. Lo más granado del Jardín de los Justos. Comunidad Musulmana de España, Motril 2005, p. 98.

¹² Castián Maestro, Ignacio. «Las corrientes salafíes: puritanismo religioso proselitismo y militancia» en Cuaderno de Estrategia 163. Islamismos en evolución. Instituto Español de Estudios Estratégicos 2013.

en lo preciso hasta lograr el pleno encaje con el concepto de yihad de la tradición de Taqi ad-Din Ahmed Ibn Taymiya; y, aún más lejos, llega a incorporar a pensadores fundamentalistas, como se ha visto, con el propósito de echar raíces y aprovechar el pensamiento islámico más tradicional.

Los salafistas se consideran simplemente musulmanes que cumplen con lo prescrito. El salafismo no solo es excluyente con la diferencia sino también con el diferente, incluidos los musulmanes no salafistas, y especialmente con ellos, haciendo válida la tesis de Freud que apunta que los grandes conflictos no se hacen sobre las grandes diferencias sino sobre las diferencias menores: son interreligiosos antes que interreligiosos, lo que explica la gran cantidad de bajas musulmanas.

Teológicamente justifican su proceder apelando a una yihad defensiva, lo que implica una obligación individual para todos los musulmanes. La apelación de los radicales a la fe de los fieles y a su compromiso es el más compulsivo de los argumentos, sobre todo si debe de tener un reflejo externo en una sociedad llamada al activismo.

Uno de los rasgos más notables del salafismo es un antichismo de raíces wahabíes. De hecho, en Al Qaeda ha existido un debate intelectual a este respecto entre dos grupos: uno formado por Abu Muhamad al Maqidisi y Abu Baseir al Tartusi, frente a la doctrina Al Zarqawi partidaria de una violencia sin límites contra ellos, tesis que parece ser la que prosperó en su momento pero que actualmente parece haber sido reconsiderada por parte del órgano central. No obstante, en su célebre carta, Al Qaeda se pronuncia abiertamente contra el chiismo.

Así los suníes acusan a los chiíes de ser heréticos, al creer que Alí dispone de un estatus divino. Además la doctrina de la infalibilidad de los imanes sitúa a estos, a su juicio, al mismo nivel que el profeta Mahoma con lo que se cuestiona su carácter de sello de los profetas; el chiismo para los wahabíes presenta al Corán como imperfecto ya que solo puede ser interpretado correctamente por los imanes. Entre las creencias más populares de este colectivo destaca creer que a los chiíes les resultaba lícito matar suníes¹³, mientras les acusan de ser la quinta columna de los occidentales en el mundo islámico, recordando, oportunamente, sucesos como el apoyo que prestaron a los mogoles para arrasar Bagdad.

Es más, el rechazo de los chiíes a la sucesión del Profeta (consideran que debió sucederlo Alí) es un golpe en la línea de flotación doctrinal del salafismo que ve cuestionados los basamentos de su propuesta religiosa: los hádices, toda vez que sus transmisores (el resto de los *Rachidun* y su entorno) actuaron entonces con deslealtad con el sucesor legítimo del Profeta (el imán Alí), lo que les descalifica a ellos y a su testimonio,

¹³ Bar M., Samuel. «Sunnis and Shiites-Between Rapprochement and Conflict».

poniendo en tela de juicio los fundamentos salafistas asentados y transmitidos sobre las generaciones más próximas al Profeta.

Situación actual del conflicto

Javier Jordán¹⁴ haciéndose eco del debate entre Bruce Hoffman y Marc Sageman sobre la importancia de Al Qaeda central en el control directo y efectivo de las acciones terroristas en Occidente, utiliza el análisis de 85 incidentes terroristas para darles simultáneamente la razón a ambos en la medida en que, incidiendo en más o en menos, en alguna de las dimensiones del fenómeno (órgano central o células independientes) sus aproximaciones son complementarias y constatan la capacidad de adaptación, supervivencia y regeneración de la organización.

Su conclusión es que estamos ante un fenómeno dinámico protagonizado por una organización que ha sufrido un severo desgaste. Al Qaeda y las organizaciones norteafricanas que comulgan con sus postulados, han perdido capacidad que, sin embargo, se ha visto acrecentada por el surgimiento de nuevos actores los cuales, de forma autónoma o en operaciones conjuntas con Al Qaeda, siguen manteniendo vigente la amenaza terrorista.

Las áreas de conflicto, especialmente y hasta ahora el AFPAK, se han demostrado un excelente campo de adiestramiento, botón de muestra de la relevancia de las grandes organizaciones en el teatro global y de su preponderancia sobre la yihad sin líderes, de modo que su decadencia señalaría también la propia del fenómeno yihadista.

Interesa pues proceder a un doble análisis, el primero en clave global para después hacerlo en términos locales.

Aproximación global al terrorismo local. Al Qaeda como organización

Un análisis de la actividad de Al Qaeda hace imprescindible entender a este grupo estructuralmente hablando, con toda la problemática y desinformación generada por el secretismo inherente al grupo terrorista.

En este sentido, Sageman¹⁵ habla de una yihad sin líderes en la que los lazos personales prevalecen sobre cualquier estructura formalizada, popularizando el concepto de «*bunch of guys*» con el que alude a grupos informales que, tras autoconstituirse, realizan sus atentados inspirados en

¹⁴ Jordán, Javier. «Una aportación empírica al debate teórico sobre la naturaleza organizativa del terrorismo yihadista en Europa Occidental». Revista Española de Ciencia Política. N.º 28, marzo 2012, pp. 87-106.

¹⁵ Sageman, Marc. *Leaderless Jihad*. Universidad de Pensilvania, 2007.

las directrices que dimanan de un núcleo central el cual, en la mayor parte de los casos (no en todos), adolece de control operativo directo sobre ellos.

Y es que Al Qaeda tras el 11-S ha experimentado un notable achatamiento de sus estructuras de dirección y control, fruto de su deterioro por la interacción militar, que la ha llevado a unos niveles de descentralización que hacen difícil la coordinación del entramado, afectan sensiblemente a su capacidad operativa y constituyen una vulnerabilidad estratégica, como demuestra los enfrentamientos entre ramas de la organización en Siria.

Las circunstancias han transformado así a Al Qaeda, que ha pasado de ser una organización jerárquica a un híbrido poliformorfo situado en una nebulosa semifranquicial. Se trata, pues, de un conjunto muy diverso y heterogéneo cuya acción concertada resulta, como podrá intuirse, compleja y muy dificultosa.

El núcleo central, como se ha señalado, se encuentra muy debilitado y contenido operacionalmente a consecuencia de la acción militar directa sobre él; está instalado en el AFPAK y opera directamente en la mítica región del Jurasán. Este núcleo iluminaría a través de discursos y grandes atentados el camino a seguir ejerciendo una función califal para el conjunto del sistema, además de una débil coordinación.

A ello se suman un conjunto de organizaciones que han jurado fidelidad (la tradicional fórmula islámica de la *bei'a*) a su líder ubicadas en Siria (Jabhat al Nusrah con vínculos desde 2012), Somalia (al Shabaab con vínculos desde 2012), Yemen (Al Qaeda en la península arábiga establecidos en 2009) y el Norte de África (Al Qaeda en el Magreb islámico con vínculos establecidos en 2006). Por acciones entre 2007 y 2013 el ISIS (vinculado a Al Qaeda hasta 2014) contaba con un 43%, al Shabaab 25%, Jabhat al Nusrah 21% y AQAP 10%.

Así mismo, también hay que contar con una panoplia de organizaciones que sin haber establecido vínculos formales, trabajan en la misma dirección que esta aunque discrepan entre sí en la metodología y el liderazgo; este arreglo les permite perseguir sus propios objetivos y actuar conjuntamente en aquellos ámbitos en los que sus intereses convergen. Alcanza desde Boko Haram en el África subsahariana a Imarat Kavkaz en el Cáucaso, pasando por el IMU uzbeko, Harakat Ansar o los batallones de Ziyad al Jarrat.

Así, Al Qaeda pretende alcanzar un califato «global», que en realidad incorpora a todos los musulmanes y las tierras que estos una vez ocuparon, mientras otras agrupaciones intentan conseguirlo en determinadas áreas o regiones geográficas como un paso previo en la dirección fijada por Al Qaeda, siendo con todo, la tendencia general de los distintos movimientos la de fijar las fronteras coincidiendo con las correspondientes demarcaciones territoriales de sus naciones. Por ejemplo, la apuesta del ISIS pasa

por demoler las fronteras fijadas por los acuerdos de Sykes-Pickot que sirvieron para definir la actual configuración territorial de Oriente Medio. Y es que las diferencias entre los grupos, como ya se ha subrayado, no son religiosas sino políticas, esto es, referidas en cuanto a los medios y estrategias con que se debe llevar a cabo su actuación: el emplazamiento y dimensiones del califato, su naturaleza o no global, el grado de prioridad con que deben contar las acciones contra Occidente, la política a seguir frente a chiitas, marabutos y sufíes, el grado de exigencia con que se debe implementar la normativa islámica en las zonas sometidas a su autoridad.

Finalmente a este conjunto hay que sumar actores individuales y redes inspiradas, estrategia de utilidad política y militar hartamente discutible aunque mediáticamente muy rentable.

Es más, merece apuntarse que el proceso de disolución ha acabado por hacer a las franquicias más visibles que al propio órgano central y ha sumergido a la organización en un magma de organizaciones yihadistas que, sin contar con el pasado y visibilidad de que dispone esta, tratan de beneficiarse ligándose de alguna manera a ella. Al Qaeda sería así un símbolo, el tótem al que todas ellas recurren y su victoria (como la de un Ben Laden oculto sin más durante 10 años) sería simplemente haber resistido; y no es poco.¹⁶

Aproximación local al terrorismo global. El sistema de franquiciado e inspiración

En esta clave, el principal logro de Al Qaeda habría sido el haber sido capaz de popularizar el uso de una palabra, «yihadista», que sirve de apellido y mínimo común denominador a distintos movimientos locales, dotándoles de una cierta vertebración y generando sinergias a nivel global. Una nueva palabra trata de describir un fenómeno igualmente novedoso.

La suya ha sido una llamada a la generalización de movimientos de este corte que, según Seth Jones, pasaron de 3 en 1988 a 31 en 2010 y a 49 en 2013, tras las «Primaveras árabes», lo que implica una suerte de «alqaedismo»¹⁷ construido a partir de un sistema que liga franquiciado y legitimación de modo que permite el mutuo beneficio de ambas partes. El número de activistas experimentó un significativo incremento de igual tendencia.

Es más, entre 2010 y 2013, se ha producido un incremento del 58% en el número de grupos sobre todo en el Norte de África –especialmente en Libia (transformada en una suerte de santuario tras la caída de Gadafi),

¹⁶ Velasco Tuduri, Santiago. «Al Qaeda. Origen, evolución y su presencia hoy en el mundo» en Cuaderno de Estrategia 163. Islamismos en evolución. Instituto Español de Estudios Estratégicos 2013.

¹⁷ Bergen, Peter; Hoffman, Bruce; Harley, Michael. Jihadist terrorism: A threat assessment. Bipartisan Center, September 2013.

Egipto (en la región del Sinaí) y el arco saheliano de territorio comprendido entre Argelia, Libia, Mali, Níger y Mauritania– y en Oriente Medio.

En el conflicto sirio y en 2013, se encontraban más de la mitad de los yihadistas del mundo, que realizaron unos dos tercios de sus actuaciones globales: Jabhat al Nusrah (2.000-6.000), ISIS (1.000-5.000), Suqour al Sham (2.000-5.000), Ahrar al Sham (10.000-15.000), Liwa al Islam (5.000-10.000), y Liwa al Tawhid (5.000-10.000).¹⁸

Las razones de su extraordinaria difusión, se sitúan en primer lugar en que ha sido capaz de adueñarse de conflictos locales al transformar sus claves según parámetros yihadistas, lo que paralelamente ha permitido su concertación sinérgica, pero también, eso sí, sin llegar a resolverlos como consecuencia de tal relectura, toda vez que no son inventos ni ficciones sino conflictos reales.

A ello se suma el convulso escenario aparecido en el mundo islámico tras las denominadas «Primaveras árabes» que ha generado una gran inestabilidad en toda el área, debilitado aún más al Estado e incrementado la efervescencia social; no pocas sociedades musulmanas se encuentran fracturadas como consecuencia de su transformación parcial al interactuar con Occidente. Esta fractura se establece entre unas clases medias y altas que son las más próximas a Occidente, el proletariado urbano y unas sociedades rurales tradicionalistas.

Además los conflictos regionales (Irak, Afganistán, Libia, Siria...) han contribuido al adiestramiento militar de fanáticos, mientras sucesos como la caída de Mursi han podido generar desencanto entre los islamistas que apostaban por alcanzar el poder por medios democráticos, esto es y como apuntaba Gilles Kepel, a la reislamización desde abajo. El enfrentamiento sectario entre suníes y chiíes en Siria e Irak es una nueva llamada hecha, eso sí, en una clave distinta.

De cualquier manera, lo cierto es que la presencia de Al Qaeda y sus filiales ha pasado de 8 teatros de operaciones en 2008 a 16 en la actualidad. Unos, continuación del proceso anterior, algunos nuevos, otros fruto de un resurgir, otros de la expansión... el resultado es que Al Qaeda, filiales y grupos afines se encuentran en el sur de Asia, Sudeste asiático, Afganistán-Paquistán, Argelia, Indonesia, Iraq, Líbano, Libia, Mali, Mauritania, Níger-Nigeria, Filipinas, Somalia, Sudan, Siria, Túnez y Yemen.¹⁹

Con todo y pese a este proceso de expansión y al importante esfuerzo que desarrolla en este ámbito (el propio Ben Laden²⁰ sostenía que el 90% de la preparación para la batalla estaba relacionado con la comunica-

¹⁸ Johns, Set G. Obra citada.

¹⁹ Bergen et al. Obra cit.

²⁰ Ben Laden, Osama en Lawrence, Bruce. Mensajes al mundo. Foca ediciones, Madrid 2007.

ción) lo cierto es que los niveles de aceptación de la organización en el mundo islámico han caído sensiblemente, tanto como consecuencia del uso prolongado de la violencia como por su incapacidad para resolver los conflictos en los que acepta entrar.

Prueba de su esfuerzo y carácter dinámico son las publicaciones electrónicas yihadistas como *Inspire*, una revista que, con un diseño atractivo y una buena difusión en el colectivo radicalizado, aúna al igual que la narrativa, lo táctico y lo político. Así difunde orientación política, hace una aproximación a la realidad y justifica sus actos, mientras divulga técnicas caseras de terrorismo, esto es «da armas al pueblo» y promueve la anarquía.

No obstante, el aparato de propaganda de Al Qaeda, As Sahab, ha visto menguar su influencia, pese a sus esfuerzos, toda vez que sus filiales han creado sus propios canales de comunicación y sus portavoces han sido eliminados.

Así, los informes de 2012 del Pew Research Center's Global Attitudes Project, el apoyo popular a movimientos como los talibanes, la red Haqqani o Laskar-e-Taiba entre la población paquistaní ha caído situándose en niveles inferiores al 22%; es más cuenta con una valoración negativa superior al 50% en el caso de Al Qaeda y Tehreek-e-Talibán (los talibanes afganos son valorados negativamente por el 45% de la población y Laskar-e-Taiba por un 37%) entre los paquistaníes; la crítica es mayor aun entre quienes se declaran practicantes estrictos. Estos parámetros se reproducen en otros escenarios. Y la cuestión no es baladí sino capital pues la población musulmana es precisamente el objeto y objetivo de la pugna.

La causa puede encontrarse en la falta de adecuación de las organizaciones yihadistas al marco social y cultural en el que operan y su incapacidad para propiciar su transformación real en las claves propias del islam que propugnan. La población local no recibe con satisfacción la prédica salafista en el sentido de que el islam que secularmente practican no es el verdadero; y la falta de cintura de la organización para realizar concesiones que propicien el encaje y logren el maridaje cultural, articulando los distintos movimientos en un único cuerpo no ayuda precisamente a ello.

Esto, junto a su, ya aludida, incapacidad para resolver el conflicto que parasitan²¹ explica el enquistamiento geográfico, el encapsulamiento de que son objeto, pese a las iniciales expectativas que suscitan en la población local con su despliegue. Gilles Kepel en la década de los noventa y en el caso de Bosnia ya apuntaba como, a causa de la falta de maridaje cultural, habían fracasado en su propósito de adueñarse de aquel conflicto mientras pronosticaba, a la larga, iguales resultados en futuros escenarios.

²¹ Castián Maestro, Ignacio. Obra cit.

Su éxito lo resuelve en falso al haber transformado y no atendido sus causas reales, con lo que este continúa latente con el consiguiente hastío de la población autóctona. El sistema de franquiciado ha conseguido mitigar en parte esto, al adaptarse al marco sobre el que operan, pero el encaje sinérgico local global dista mucho de haberse alcanzado, pese a haberse propiciado un cierto alineamiento.

Al Qaeda en la península arábiga puede haber aprendido de los errores cometidos en el pasado por otras filiales proveyendo de servicios (al igual que hacen otros grupos religiosos sin relación con Al Qaeda – como Hezbolá– como forma de ganar legitimidad) a la población yemení y hasta cambiando de nombre (y actuando como «Ansar al Sharia») para demostrar su adherencia a la ley islámica. Ello pertenece a la lógica de adaptación al entorno característica de la guerra.

La resonancia mediática de los actos de los denominados actores individuales (lobos solitarios) añade en este contexto un plus de visibilidad que beneficia al conjunto y da un atisbo de esperanza a sus combatientes. La guerra es a fin de cuentas, como nos recuerda Clausewitz, una actividad del espíritu.

Valoración del fenómeno de los actores individuales

Las personas no se radicalizan solas. Rara vez, el denominado «lobo solitario» surge de modo aislado, independiente de un colectivo social, de un grupo de apoyo; y cuando lo hace, suele ser un psicópata. Las narrativas, en este caso salafistas, son fundamentales en la radicalización toda vez que son el eje de las desavenencias y en torno al que se estructura el grupo radicalizado.

Tales grupos no practican necesariamente la violencia ni la apoyan, pero incorporan una contradicción en la medida en que la aprueban y simpatizan con ella. De ellos se desgajan unos subgrupos ideologizados dotados de una dinámica propia, que entran en una espiral extrema cuasi esquizoide en su demanda de pureza; son los radicales. Pero eso tampoco hace de los radicales unos terroristas: apoyan la violencia y pueden realizar algunos actos ilegales, pero no necesariamente la practican. Es el siguiente salto cualitativo, un salto trascendente y de altura, no forzoso, resultado de un desarrollo continuo, el que los convierte en terroristas, normalmente de la mano de gentes que ya han derramado sangre, es decir, en relación con algún ente del franquiciado local.

El problema de combatir los grupos radicales es que estos se constituyen en torno a imperativos morales, siendo en Occidente la moralidad un espacio sobre el que el Estado no tiene jurisdicción hasta que los principios que promueven no se materialicen en una actividad ilegal, con lo que la represión tiene sus límites; no debe ni puede ser preventiva. Es más, es-

tos grupos pueden hacer una vida independiente del Estado del que forman parte pues cumplen sus leyes; la cuestión es que su demanda moral les separa de la sociedad que los acoge.

De ello puede deducirse que la manera de operar contra este tipo de terroristas es actuando contra el conjunto del grupo y con medidas no solo policiales y represivas (que también) sino pedagógicas, orientadas a acabar con el discurso que las legitima. Es más fácil y estadísticamente más efectivo reducir el tamaño de los grupos potenciales que perseguir a los individuos ya radicalizados.

El vínculo local-global hace que la *umma*, el gran espacio imaginario de definición universal, se construya desde la mezquita, a partir del rechazo a cualquier constructo occidental; pero también resulta posible en el marco del espacio virtual de la red. Internet ha permitido la creación de un espacio islámico que encaja en la naturaleza desterritorializada de su apuesta política y que permite la fusión de almas, la desagregación, el intercambio, la puesta en común y el adoctrinamiento.

Se trata de llevar la lucha a las sociedades occidentales de la mano de quienes residen habitualmente en ellas, superando así las dificultades logísticas y de preparación de los terroristas, mientras se desborda cualquier medida de seguridad al tiempo que se fractura la comunidad y se obliga a sus miembros a pronunciarse.

No se trata ya de grandes y complejos atentados (de los que hay múltiples precedentes registrados de fracasos, saldados incluso con la muerte de quienes los preparaban por falta de adiestramiento), dirigidos a la pantalla sino de actuaciones más sencillas y caseras como atropellos, apuñalamientos... actos de impacto emocional, accesibles, ejecutados por gentes inspiradas, desgajadas del grupo, y por tanto, de muy difícil control policial. Se da así rienda suelta a la iniciativa individual y se proporcionan ejemplos de personas que, desde sus labores cotidianas pueden actuar al servicio de la religión. Nuevamente una inspiración para el grupo.

En no pocas ocasiones los actos los ejecutan personas con problemas de definición identitaria (emigrantes de segunda generación –como los de los atentados de Londres de 2005–, conversos, personas integradas en una contracultura...) que no terminan de casar con las sociedades de acogida y no se identifican ni se sienten parte de ellas.

Para ellos la violencia, como apuntaba Fanon²², se presenta como una suerte de actividad liberadora, un compromiso definitivo con una de las culturas que concurren en sus vidas. Abdenabid Kunja, uno de los suicidas de Leganés, en una carta de despedida a sus hijos sostenía «no

²² Fanon, Franz. Los condenados de la tierra. Fondo de Cultura económica de España, 2007.

soporto vivir en esta vida como una persona débil y humillada ante los ojos de los infieles».

Lo que parecen los últimos actos de violencia yihadista en Boston (cometido por los hermanos Tsarnaev con ollas a presión), Londres (atropello y degüello) y París (apuñalamiento) obedecen a un patrón de terrorismo que ha optado para enfrentar a Occidente por reducir el papel de su núcleo central –diezmado por el eficaz acoso internacional– e iluminar la dirección a seguir a los miembros de la comunidad, para que sean estos los que convenientemente orientados, cometan los atentados con todos los medios a su alcance.

Se trata de un terrorismo de corte anarco personalista con el que Al Qaeda trata de superar la progresiva disminución del número de atentados yihadistas en Occidente y la aún mayor disminución en su eficacia, que ha acabado por sacar a esta organización de los medios.

Esta atomización del terrorismo muestra la vulnerabilidad de las sociedades que lo padecen, genera incertidumbre, fractura la comunidad, hace de las claves religiosas el referente necesario, separando a los creyentes y sembrando la desconfianza hacia los musulmanes, en la esperanza de que una sobre-reacción del Estado o de la propia sociedad, alinee definitivamente a los musulmanes que viven en ella con su relato.

Precedentes de estos patrones de actuación sobre «blancos de oportunidad» se habían detectado ya hace años en el Norte de África sobre los turistas; la metodología incluía igualmente atropellos, apuñalamientos y hasta un intento de volar un autobús con una bombona de butano. En Occidente tenemos los antecedentes de los apuñalamientos de Theo Van Gogh en 2004, del miembro del Parlamento británico Stephen Timms en 2010 o los asesinatos por arma de fuego cometidos por Arid Uka en 2010 y Mohammed Merah en 2011 (este último especialmente truculento y repugnante, pues entre las siete personas que mató se encontraban tres niños judíos). El caso de los lobos solitarios no incluye solo a miembros de Al Qaeda, y conviene recordarlo, como es el caso del noruego Breivik.

Papel de los actores externos: implicaciones regionales

Si hay algo que dejan claro las encuestas periódicamente realizadas por el CIS bajo los auspicios del IEEA es que la sociedad española no percibe la existencia de una amenaza a la seguridad nacional, con todo lo que ello implica a nivel presupuestario. No obstante, los hechos son tozudos y es precisamente nuestro país el que ha sufrido el atentado terrorista más importante de todos los registrados en Europa Occidental durante los últimos 50 años: el 11-M, un atentado cuanto menos inspirado, sino dirigido, precisamente por Al Qaeda. Para algún segmento de la población este atentado fue una cuestión puntual fruto de una concreta coyuntura. Pero

lo único cierto es que fue, y que desde entonces no dejan de aparecer células yihadistas, eso sí, desarticuladas fruto de una eficaz acción policial y de inteligencia.

En 2006 la alianza estratégica entre el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate y Al Qaeda sirvió de base para la creación de Al Qaeda en el Magreb islámico lo que lleva a la organización al entorno estratégico de nuestro país y supone una amenaza directa, estable y creíble contra la seguridad nacional llevada a cabo por personal con larga experiencia terrorista e insurgente.

Y es que conviene no olvidar que Argelia, país fronterizo con España, desde principios de los noventa ha vivido una violencia que ha provocado en torno a 200.000 muertos; por ello no es raro que algunos de los más significados participantes en los atentados del 11-M fueran argelinos. Los recientes sucesos en Libia han hecho de un país en el centro del Mediterráneo un Estado semifallido generando un efecto dominó sobre Mali y desestabilizando significativas porciones del arco saheliano.

Igual prevención conviene tener con los ciudadanos españoles que según distintas fuentes se sitúan en torno a los cien, se han desplazado al conflicto sirio (además de a otros) como miembros de grupos yihadistas.

En cualquier caso, Al Qaeda es un grupo de carácter eminentemente irredentista, comprometido con la recuperación de los territorios que una vez y por un tiempo pertenecieron al islam. Por ello, Al Ándalus, Ceuta y Melilla son lugares comunes en la retórica pública yihadista.

Al Ándalus es un término con connotaciones míticas, toda vez que su caída señala, a juicio de no pocos, el comienzo de la decadencia del mundo musulmán. Ceuta y Melilla, además de reunir iguales características, se encuentran en África, lo que añade a su discurso un plus de nacionalismo que, de alguna manera, refuerza ante sus seguidores su legitimidad como luchadores islámicos.

El ataque en diciembre de 2012 del grupo yihadista «Al Morbitun», perteneciente a la nebulosa yihadista afín a Al Qaeda y liderado por Moktar Belmokhtar, contra las instalaciones gasísticas de Tingatourine son expresión de esta potencial amenaza que tuvo como consecuencia una importante disminución en el suministro de gas a nuestro país, violentando así su seguridad energética y exhibiendo una vulnerabilidad estratégica. Un problema no menor que exige el compromiso de nuestro país con la estabilidad de su entorno estratégico.

No obstante, no conviene tampoco magnificar la amenaza. El auténtico poder no lo define la capacidad de destrucción, sino el potencial de construcción con el que, dicho sea de paso, no cuenta una organización como Al Qaeda y menos aún en una sociedad como la nuestra. Ciertamente su acción puede alterar la vida pública, algo que no es poco ni baladí, pero

no dispone ni de lejos con elementos para la amenaza más allá de este plano, a no ser que desplegara armas de destrucción masiva.

Minorar su amenaza, que no solo existe y es real, sino que ya se ha materializado con grave daño, pasa por el compromiso con los países que forman parte de nuestro entorno estratégico, con su seguridad y su desarrollo, así como por dotarse de medios para que no pueda volver a concretarse de nuevo y se evite la sorpresa estratégica.

Además España es un miembro significado de la sociedad internacional. Ello, al igual que sucede en cualquier comunidad de vecinos, le hace especialmente responsable debiendo contribuir a su seguridad y sostenimiento. Es una obligada solidaridad.

Conclusiones y perspectiva

Conclusiones

La evolución de Al Qaeda hacia altos niveles de descentralización es expresión de la importante pérdida de capacidad operativa sufrida al menos en Occidente. Su principal mérito es haber subsistido después de la presión directa sufrida.

Es más, Al Qaeda es hoy un símbolo, convertido en tal por su pasado, por haber sido capaz de retar a la primera potencia mundial. Su éxito es dinamizar el movimiento yihadista, popularizando el término hasta el punto de que llegue a plantearse la posibilidad de que exista realmente una «yihad sin líderes», incrementando sensiblemente el número de movimientos de este signo y generando con ello una suerte de «alqaedismo» sobre la base de asociaciones de todo tipo y franquicias.

No obstante, hay una evidente falta de conexión entre la agenda de Al Qaeda y sus capacidades «militares» reales, entre los objetivos y los medios de que dispone para conseguirlos. Su actuación, la desarrolla simultáneamente en una doble dimensión no del todo desalineada en la que se aúnan simultáneamente terrorismo e insurgencia.

En primer lugar, tratando de erigirse en representante del islam, lo que supone la convalidación de su propuesta religiosa. Fruto de ello es una violencia horizontal –en forma de insurgencia o terrorismo, según el caso– dirigida a la transformación de la sociedad; y una violencia vertical, terrorista, que sirve igualmente al propósito anterior, dirigida contra Occidente y por ende, contra los líderes políticos locales, a los que consideran sus representantes en tanto que no aplican en su totalidad las normas islámicas.

De este modo, el segundo plano de actuación sirve para situar a Al Qaeda a la vanguardia del islam, deslegitimar a sus enemigos políticos y contri-

buir a la victoria en el primer plano, auténtico eje sobre el que gravita su propuesta político religiosa.

La doble dimensión del terrorismo se manifiesta en la estrategia actual de Al Qaeda que, a nivel intraislámico, trata de beneficiarse de la situación de debilidad institucional y social provocada por las «Primaveras Árabes»; y a nivel supra manifiesta su compromiso mediante el empleo de los denominados «lobos solitarios». Lo que a su vez se traduce a nivel local en una instrumentación de la violencia para fines operativos reales, en una insurgencia dirigida contra el poder establecido, mientras que a nivel global su uso es fundamentalmente instrumental y mediático.

Los debates entre afrontar el «enemigo cercano» o el «enemigo lejano» conforman fundamentalmente estrategias de elección de la matriz y grupos filiales. En la práctica el «enemigo lejano» ha quedado manifiestamente relegado a operaciones testimoniales cuando no a la acción de actores individuales (lobos solitarios). La dimensión local predomina clara y manifiestamente sobre lo global. No obstante, la violencia dirigida contra los propios musulmanes ha sido identificada como una vulnerabilidad estratégica por su sobreutilización.

Dicho lo cual, hay que señalar el terrorismo global no ha podido plasmar-se plenamente a nivel local; el proceso de encaje ha encontrado múltiples dificultades. Las poblaciones no sienten como propios los principios islámicos que sustenta Al Qaeda ni siquiera a escala regional. El fracaso de Al Qaeda en el Magreb islámico a la hora de ser capaz de sustentar una identidad panmagrebí puede ser una buena prueba de ello.

Es más, la existencia de un terrorismo que clasificamos como global posibilita la existencia de una política antiterrorista global lo que a su vez refuerza las políticas globales de los Estados que combaten la existencia de tal fenómeno, con lo que hasta la magnificación de este tipo de terrorismo puede resultar en cierto modo y en algún momento hasta interesada para Occidente.

En cualquier caso, la apuesta de estas organizaciones por actuaciones individuales limitadas e inconexas, cuando apenas ocupa lugar en los medios (en relación al que tenían antes), lejos de activar a la comunidad musulmana en Occidente puede desactivarla aún más e incluso, en la lógica de Mao, vacunarla frente a futuras actuaciones, toda vez que ni en 2001 ni mucho menos ahora, se dan las condiciones objetivas para que un movimiento de este tipo triunfe en el mundo islámico a nivel global, o incluso, a nivel local.

Ciertamente prevenir las actuaciones de los radicales es difícil, y pasa inevitablemente por una pedagogía que neutralice la narrativa y evite el tránsito del mayor número posible de miembros radicalizados del grupo a la condición de activistas. Pero acabar definitivamente con una organi-

zación como Al Qaeda que trabaja en régimen de franquiciado es complejo; siempre quedará alguien que utilice su nombre.

Perspectiva

Hacer perspectiva es discernir los elementos portadores de futuro, los acontecimientos que señalaran este en un mundo complejo e interdependiente. Tratar de hacerlo sobre el futuro de un grupo terrorista, no solo es arriesgado sino que es incluso temerario, pues implica afirmar el conocer el futuro de un colectivo que presume de su iniciativa, secretismo, originalidad y capacidad para sorprender a la audiencia. El análisis debe hacerse en cualquier caso de modo dialéctico, esto es, tomando el futuro en base a la tendencia que se infiere de la lógica transformacional acción-reacción.

En este contexto, las relaciones entre el islam y Occidente constituyen un factor decisivo. Y es de prever que no mejoren, por más que se intensifiquen, por trabajar las partes en claves culturales diferentes, incrementándose las contradicciones y problemas, no menos que la percepción de injusticia fruto de un creciente y difícilmente resoluble desequilibrio económico. Son los problemas asociados a un inevitable acercamiento y encuentro.

Parece así que la organización continuará existiendo. Es una hidra a la que se puede contener pero a la que es harto complejo liquidar. Con ello continuará siendo un referente en el imaginario colectivo. Su imagen continuará como tótem de la nebulosa yihadista grupal, la luz en lo alto de su montaña, pero su capacidad operativa se mantendrá mínima y estable. Su supervivencia es lo único importante; esta trasciende con creces a su propia capacidad militar. Conservarse débil, al decir de Lao Tse, se llama fortaleza.

El nivel local de la lucha, la insurgencia, seguirá siendo decisiva. Mientras el terrorismo será la violencia intercultural imperante por su carácter mediático y también, por dejar sus beneficios a escala local. Pero este no es resolutivo razón por la que las organizaciones yihadistas mantendrán su empeño por conseguir armas de destrucción masiva, tarea esta difícil pero esencial para su éxito sobre Occidente.

En este contexto, es imperativo controlar los flujos económicos que desde el exterior financian el radicalismo extremo como una vía para evitar la creación de economías terroristas de escala que posibiliten esto, así como adoptar todas las medidas precisas para evitar la proliferación y la accesibilidad a tales tecnologías.

El vínculo local global de las acciones islamistas mejorará, traduciéndose sus actividades a nivel local en una mayor sinergia a nivel global. No obs-

tante, los conflictos colonizados por el grupo es de prever que no serán resueltos toda vez que sus causas reales tienden a no ser abordadas sino sustituidas por otras.

Esto irá, a la larga, propiciando el hartazgo de las poblaciones autóctonas preocupadas por las cuestiones reales y que ven como una situación incómoda se prolonga sin resolverse. Todo ello al tiempo que su concepción de la religión y el mundo se ven minusvaloradas, cuando no despreciadas y proscritas sin más, con lo que cabe intuir conflictos, sobre esa base, entre los yihadistas y la población local.

Las múltiples fuerzas que confluyen en Oriente Medio, los errores occidentales, la palmaria incompetencia de la que han hecho gala algunos líderes políticos locales, la falta de respeto a las minorías religiosas y las pugnas por un liderazgo regional, han permitido la aparición de un vacío geopolítico –un auténtico agujero negro– capturado por el Estado Islámico que más allá del terrorismo (y sin dejar de utilizarlo) se ha constituido en movimiento insurgente (en múltiples imágenes se les ve manejando un material cuyo uso precisa de adiestramiento militar) que pugna por sustituir a Al Qaeda como referente, sirviéndose del descontento de los sunitas iraquíes y de su experiencia acumulada tras más de una década de violencia.

La pugna entre el Estado Islámico y Al Qaeda por el liderazgo de la comunidad yihadista es difícil que pueda ganarla el primero pese a la debilidad de la segunda, ya que sus éxitos difícilmente serán parangonables a los obtenidos por Al Qaeda con el 11-S, toda vez que estos se miden en clave de impacto psíquico más que en términos materiales; además, su fortaleza es precisamente la fuente de su debilidad pues los hace tangible al ofrecer un blanco al que comunidad internacional, que no puede permitirse que un territorio dominado por terroristas subsista, se consolide o prospere como Estado, podrá golpear. Tener como enemigo al mundo entero, es un manifiesto despropósito. Su fin es sólo es cuestión de tiempo.

El riesgo es que se convierta en un campo de entrenamiento para radicales, como lo ha sido Siria o, aún peor, les sirva para intentar dotarse, con sus recursos, de armas de destrucción masiva. En ello está su verdadero peligro.

Un análisis descarnado de la realidad, diría que el terrorismo es un instrumento de acción colectiva, una herramienta (ilegítima) de la política, en el que la impronta personal tiene su lugar pero no puede constituirse en el eje de toda actuación, sí realmente se pretende llegar a algún sitio y no convertirse en un juego de suma cero; lo operativo en el terrorismo no puede suplir el lugar de la dirección política, ni esta inhibirse para posibilitar la supervivencia de una organización.

En el terreno operativo, Von Moltke ya apuntaba al hilo de la guerra franco prusiana, que los resultados de «dar armas al pueblo» eran la garantía

de un fracaso cierto, al que se añade un derramamiento innecesario de sangre. La vanguardia de la comunidad, que pretende representar toda organización terrorista, ha dado en el caso de Al Qaeda, un paso atrás para que la comunidad siga sola; esto no parece tener mucho futuro, pese a que un hombre solo y determinado pueda hacer mucho daño.

Adivinar el futuro de Al Qaeda requiere también pronunciarse sobre la situación de fragilidad estatal y social por los que pasa, en general, el mundo islámico actualmente.

Así, los grupos yihadistas son de prever que se adapten aún más a las poblaciones autóctonas en términos de valores asumiendo en ese espacio las funciones habitualmente proporcionadas por el Estado y satisfaciendo las demandas sociales que se le planteen; esto es, supliendo al Estado.

La carta que tiene Occidente para afrontar la problemática de Al Qaeda y su cohorte de movimientos yihadistas asociados, pasa así por desactivar los movimientos islamistas propiciando su inserción en el Estado y banalizando, en el sentido propuesto por Oliver Roy.

Y es que la institucionalización del islamismo implicaría su renuncia a la vía revolucionaria y su encuadramiento en la lógica del Estado Nación, así como la postergación de las referencias ideológicas transnacionales en beneficio de objetivos nacionales. La experiencia habida nos indica que eso traería consigo su desideologización como fuerza nacional limitando su actuación, en términos prácticos, a una reislamización de las costumbres y el derecho desvinculada de cualquier otra veleidad; esto es, a la reislamización desde arriba.²³ En otro caso se produciría su colapso y relevo al igual que sucedió en Egipto porque si la occidentalización ha tenido sus límites, la orientalización también cuenta con ellos.

Y es que la llegada al poder de los radicales puede también situarles frente a sus contradicciones entre su credo y la necesidad de atender a las demandas reales de la población y aceptar su concepción religiosa. Estos países no pueden vivir al margen de Occidente en un mundo que se ha plegado sobre sí mismo; nadie es una isla, ni siquiera por voluntad propia.

La clave de todos los problemas se sitúa en fortalecer el Estado para conseguir que este se adapte mejor a la sociedad sobre la que se instala, mientras se satisface sus demandas y se ofrece una salida y futuro a sus ciudadanos, al tiempo que la pedagogía primero y la acción policial después, evitan la radicalización.

Todos los ríos van a parar al mar pero el mar no se llena.

²³ Roy, Oliver. *El Islam Mundializado*. Ediciones Bellaterra, 2003.

Cronología

CRONOLOGÍA DEL CONFLICTO	
CAP. II	AL QAEDA Y EL YIHADISMO
FECHA	ACONTECIMIENTOS
1979	Invasión soviética de Afganistán. Creación del <i>Maktab al-Khidamat</i> (MAK).
1988	Creación de Al Qaeda.
1989	Muerte de Abdullah Azzam
1990	Primera Guerra del Golfo. Se asientan tropas norteamericanas en la Península Arábiga.
1993	Primer ataque al World Trade Center.
1995	Ataque contra la Guardia Nacional saudí (4 norteamericanos muertos) en Ryad.
1998	Ataque simultáneo contra las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania, 301 muertos y 3000 heridos.
2000	Ataque a un barco de la flota estadounidense
	Atentado contra el destructor estadounidense Cole en el puerto yemení de Adén en el que mueren 17 marineros, y otros 36 resultaron heridos.
2001	Cuatro ataques suicidas simultáneos contra las Torres Gemelas de Nueva York, que resultan completamente destruidas, el Pentágono de Washington y un avión que cayó en Pensilvania se cobran la vida de más de tres mil personas.
2001	Invasión de Afganistán.
2002	Mueren 202 personas, la mayoría turistas, y 352 resultan heridas al estallar un coche-bomba en Bali.
	Doble atentado en Mombasa, Kenia. Dieciséis personas mueren, de ellas, tres son israelíes, y 80 resultan heridas al estallar un coche-bomba en un hotel propiedad israelí.

2003	Una potente bomba en Yakarta causó la muerte de 13 personas.
	Invasión de Irak.
	Atentado contra la sede de la ONU en Bagdad. 24 muertos.
	Veintisiete muertos y 450 heridos en dos atentados con bomba en Estambul contra el Consulado General Británico y las oficinas del banco británico HSBC.
2004	Atentados de Madrid 192 muertos y 1.400 heridos.
2005	Bombas en estaciones del metro y autobús en Londres; 40 muertos y 700 heridos
2006	Muerte de al Zarkawi.
2007	Al Qaeda perpetra doble atentado en Argel y mueren 70 personas.
2010	Al menos 74 personas murieron y varias decenas más resultaron heridas en dos atentados con bomba perpetrados por la organización islámica somalí Al Shabaab, ligada a Al Qaeda, en la capital de Uganda, Kampala.
	Comienzan las llamadas Primaveras Árabes.
2011	Muerte de Ben Laden. Al Zawahiri nuevo líder de al Qaeda.
2012	Guerra Civil en Siria
2013	Atentado de Al Shahaab contra el West Gate de Nairobi. 71 muertos y 200 heridos.